

Romain Gary

Lady L.

© Roger Viollet

Romain Gary

Nacido Roman Kacew, en Vilna, Lituania, en 1914, hijo de padre ruso y madre francesa, bajo el seudónimo de Romain Gary se encuentra uno de los creadores más peculiares que ha dado la literatura francesa del siglo xx. La Segunda Guerra Mundial, que marcó la vida de dos generaciones de europeos, supuso también para Gary un momento decisivo: además de su ingreso en las Fuerzas Aéreas francesas como piloto, encontró en aquellos acontecimientos la fuente de inspiración para la que sería su primera novela, *El bosque del odio* (1944), el primer gran éxito de ventas de la posguerra. Después de la guerra, Gary volvió a Francia, adoptó el que sería su seudónimo definitivo –aunque no el único, pues también firmó como Émile Ajar o Fosco Sinibaldi– y entró a formar parte del cuerpo diplomático francés. Durante esa etapa de su vida simultaneó el servicio a su país con su pasión, los libros, que escribía tanto en inglés como en francés y que configuran una obra que combina la crítica social, un humor ácido y un sentido de la tragedia que envuelven al lector en los meandros de la escritura. *Las raíces del cielo*, premio Goncourt 1956; *Lady L.* (1959); *La promesa del alba* (1960); *Europa* (1972) o *La vida ante él* (1975), ganadora asimismo del premio Goncourt, son ejemplos de su singular bibliografía. En 1962 se casó en segundas nupcias con la actriz Jean Seberg. Romain Gary se suicidó el 2 de diciembre de 1980 en París.

El día de su octogésimo cumpleaños, Lady L. está sentada junto a uno de los ventanales de su castillo inglés. El velador está lleno de telegramas y de mensajes, muchos de los cuales proceden del palacio de Buckingham. Se daba cuenta de que no era más que una «vieja dama adorable»; sí, después de tantos años perdidos en ser una dama, ahora se veía obligada a ser una vieja dama, por añadidura. «Se nota todavía que debía de ser muy hermosa...» Desde que había empezado a percibir este murmullo insidioso, tenía que esforzarse por no soltar cierta palabra muy francesa que pugnaba por escapar de sus labios, y fingía no haberlo oído.

No había sido menos célebre por su carácter que por su belleza; una ironía que no le andaba a la zaga, que daba en el blanco sin herir, con la elegancia de los maestros de armas que sabían recalcar su superioridad sin humillar.

Con la mirada perdida en su pabellón de caza, Lady L., que tras cincuenta años en Inglaterra aún piensa en francés, recuerda una historia: mientras el mundo asiste convulso a los últimos estertores del siglo XIX, Anette, una joven prostituta parisiense, conoce al más famoso y perseguido activista anarquista de la Europa de la época. Su encuentro no solo supondrá el despertar de una historia de amor desgarrada y trágica, sino también el comienzo de una nueva vida para Anette, quien con el tiempo se convertirá en una admirada y respetada aristócrata y hará de la impostura un arte.

ROMAIN GARY

Lady L.

Traducción de
Gema Moral Bartolomé

Galaxia Gutenberg

Título de la edición original: *Lady L.*
Traducción del inglés: Gema Moral Bartolomé

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: febrero 2018

© Éditions Gallimard, 1963
© de la traducción: Gema Moral Bartolomé, 2018
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2018

Conversión a formato digital: María García
ISBN: 978-84-17355-19-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Ah! Fallait-il que je vous visse,
Fallait-il que vous me plussiez,
Qu'ingénument je vous le disse,
Que fièrement vous vous tussiez.*

*Fallait-il que je vous aimasse,
Que vous me désespérassiez,
Et que je vous idolâtrasse,
Pour que vous m'assassinassiez!*

*Oda a la humanidad,
o empleo del subjuntivo.
Dedicada a Yane Avril
por Alphonse Allais*

Capítulo I

La ventana estaba abierta. Sobre el fondo azul del cielo, el ramo de tulipanes bajo la luz estival hizo que pensara en Matisse, que acababa de sufrir una muerte prematura a los ochenta años de edad, e incluso los pétalos amarillos caídos en torno al jarrón parecían obedecer al pincel del maestro. Lady L. tenía la sensación de que la naturaleza empezaba a ahogarse. Los grandes pintores se lo habían quitado todo: Turner le había robado la luz, Boudin el aire y el cielo, Monet la tierra y el agua; Italia, París, Grecia, a fuerza de andar rodando por todas las paredes, no eran más que tópicos; lo que no se ha pintado se ha fotografiado, y la tierra entera tenía cada vez más ese aire usado de las jóvenes a las que han desvestido demasiadas manos. O quizá era ella la que había vivido demasiado tiempo. Inglaterra celebraba aquel día su octogésimo cumpleaños y el velador estaba lleno de telegramas y de mensajes, muchos de los cuales procedían del palacio de Buckingham: cada año ocurría lo mismo, todo el mundo venía torpemente a ponerle los puntos sobre las íes. Miró con reprobación los tulipanes amarillos, preguntándose cómo habían podido llegar aquellas flores a su jarrón favorito. A lady L. le horrorizaba el amarillo. Era el color de la traición, de la sospecha, el color de las avispas, de las epidemias, del envejecimiento. Clavó una mirada severa en los tulipanes y rápidamente afloró una duda... Pero no, era imposible. Nadie lo sabía. Una negligencia del jardinero.

Había pasado toda la mañana en su butaca, delante de la ventana abierta, de cara al pabellón, la cabeza apoyada en el pequeño cojín que no la abandonaba nunca y que llevaba siempre consigo en sus viajes. El bordado representaba a las bestias tiernamente unidas en la paz encantada del Edén; le gustaban sobre todo el león que confraternizaba con el cordero y el leopardo que lamía amorosamente la oreja de una cierva: la vida, vaya. La sencilla ejecución del dibujo recalcaba aún más la idiotez de la escena, profunda y muy satisfactoria. Después de sesenta años de gran arte, había acabado asqueada de las obras maestras; cada vez más, cedía a su inclinación por los cromos, las postales y por esas imágenes victorianas llenas de perros buenos que salvan a bebés de morir ahogados, de gatitos con lazos de color rosa y de amantes a la luz de la luna, que son un cambio tan agradable con respecto al genio y sus altas y cansinas pretensiones. Su mano descansaba sobre el pomo de marfil de su bastón, del que, por lo demás, podía prescindir fácilmente; pero este la ayudaba a darse los aires de vieja dama que se esperaban de ella, tan contrarios a su naturaleza: la vejez era una convención más de las que ahora debía respetar. Sus ojos sonrieron a la cúpula dorada del pabellón de verano que se recortaba bajo los castaños con el cielo inglés como fondo, ese cielo de buen tono, con sus nubes perfectamente dispuestas y sus tonos en azul claro que le recordaban los vestidos de sus hijas, sin rastro de personalidad ni de imaginación: un cielo que parecía vestido por el modisto de la familia real, estrictamente neutro y convencional.

Lady L. había pensado siempre que el cielo inglés era un *pisse froid*. No imaginaba que tuviera ninguna emoción secreta, ni cólera ni impulso; incluso en el mayor aguacero carecía de dramatismo; sus tormentas más fuertes se limitaban a regar el césped; sus rayos sabían caer lejos de los niños y evitar los caminos frecuentados; sólo era realmente él mismo con una lluvia fina y uniforme, con la monotonía de

las brumas discretas y distinguidas; era un cielo de paraguas con buenos modales, y uno se daba cuenta de que, si se permitía algún relámpago, era sólo porque había pararrayos por todas partes. Pero lo único que ella pedía ya al cielo era que prestara su fondo sereno a la cúpula dorada para poder descansar así durante horas junto a la ventana, mirando, recordando, soñando.

El pabellón se había construido al estilo oriental que estaba de moda en su juventud. Había amontonado en él sus cuadros de temas turcos; los coleccionaba con tal refinamiento del mal gusto, desafiando de tal forma el verdadero arte, que uno de los grandes momentos de su larga carrera de ironía se remontaba al día en que Pierre Loti lloró de emoción al ser admitido dentro del templo como favor especial.

—Creo que no cambiaré jamás —dice de pronto en voz alta—. Soy un poco anarquista. Con ochenta años, es bastante molesto, evidentemente. Y romántico, por añadidura, lo que no resuelve nada.

La luz danzaba sobre su semblante, donde las huellas de la vejez no se traslucían más que por cierta sequedad teñida de marfil a la cual no conseguía acostumbrarse y que la sorprendía cada mañana. La luz parecía haber envejecido. Durante cincuenta años había conservado todo su esplendor; ahora estaba en decadencia, se deslustraba, se iba tornando gris. Pero seguían haciendo buena pareja las dos. Sus labios finos y delicados no parecían aún dos bichos secos, capturados en la telaraña de las arrugas; sólo los ojos se habían vuelto un poco más comedidos, sin duda, y un leve brillo de malicia atemperaba los otros fuegos, más ardientes y secretos. No había sido menos célebre por su carácter que por su belleza; una ironía que no le andaba a la zaga, que daba en el blanco sin herir, con la elegancia de los maestros de armas que sabían recalcar su superioridad sin humillar. Estos juegos se habían vuelto muy escasos: había sobrevivido a todo lo que ella podía considerar

digno de ser su blanco. Los jóvenes la admiraban, percibían que había sido toda una mujer. Le parecía lamentable, pero era preciso saber lo que era y lo que había sido. Por lo demás, no era un siglo en el que se amara verdaderamente a las mujeres. Sin embargo, aquel rostro que había sido el suyo durante tanto tiempo... ya no lo reconocía. A veces le entraba incluso la risa. Realmente era gracioso. Preciso es reconocer que jamás lo había imaginado así; la habían admirado y adulado durante tanto tiempo que jamás había admitido en serio que pudiera llegar a ocurrirle a ella, que el tiempo pudiera llegar a tal extremo. ¡Qué tonta, a pesar de todo! El tiempo no respetaba nada. No se lamentaba, pero la ponía nerviosa. Cada vez que se miraba a un espejo –indispensable hacerlo algunas veces–, se encogía de hombros. Era demasiado absurdo. Se daba perfecta cuenta de que no era más que una «vieja dama adorable»; sí, después de tantos años perdidos en ser una dama, ahora se veía obligada a ser una vieja dama, por añadidura. «Se nota todavía que debía de ser muy hermosa...» Desde que había empezado a percibir ese murmullo insidioso, tenía que esforzarse por no soltar cierta palabra muy francesa que pugnaba por escapar de sus labios, y fingía no haberlo oído. Eso que llaman tan pomposamente «la edad de oro» te hace vivir en un clima de chabacanería que cada miramiento no hace más que acentuar: te traen el bastón antes de que lo pidas, te ofrecen el brazo a cada paso que das, se cierran las ventanas en cuanto apareces, te murmuran «Cuidado, hay un escalón», como si fueras ciega, y te hablan con aire falsamente jovial, como si supieran que vas a morirte mañana e intentaran ocultártelo. Ella sabía bien que sus ojos oscuros, su nariz delicada y de firme perfil a la vez –nunca faltaba quien hablaba de «nariz aristocrática»– y su sonrisa –la célebre sonrisa de lady L.– obligaban todavía a que se volvieran las cabezas a su paso. Sabía muy bien que, en la vida como en el arte, el estilo no es más que un supremo refugio para quienes no tienen nada más que ofrecer, y que su

belleza podía inspirar aún a un pintor, pero ya no inspiraría a ningún amante. ¡Ochenta años! Era increíble.

–Pero ¡qué más da! –dice–. Dentro de veinte años, ya no será nada.

Después de más de cincuenta años en Inglaterra, aún pensaba en francés.

Vio a la derecha la entrada principal del castillo, con su columnata en abanico que se extendía con complacencia descendiendo hacia el jardín; ciertamente, Vanbrugh tenía el talento de la solidez; todo lo que él había construido pesaba como si quisiera castigar a la tierra por sus pecados. A lady L. le horrorizaban los puritanos e incluso había pensado en hacer que le pintaran el castillo de rosa, pero si algo había aprendido en Inglaterra era la necesidad de contenerse cuando uno podía permitírsele todo, y los muros de la mansión Glendale se quedaron grises. Se contentó con decorar las cuatrocientas piezas con *trompe-l'oeil* a la italiana, y sus Tiépolo, sus Fragonard y sus Boucher luchaban valientemente contra el aburrimiento de la retahíla de grandes salones, donde todo parecía listo para la llegada del tren.

Un Rolls subió lentamente por la avenida principal, se detuvo delante de la escalinata y del vehículo salió James, el mayor de sus nietos, con una cartera de piel bajo el brazo, después de que el chófer le abriera la puerta.

A lady L. le horrorizaban las carteras de piel, los banqueros, las reuniones familiares y los cumpleaños; detestaba todo lo que era como debía ser, acomodado, pagado de sí mismo, convencional y almidonado, pero había elegido todo eso deliberadamente, dispuesta a llegar hasta el final. Durante toda su vida había sostenido una implacable actividad terrorista, y su campaña había tenido un éxito admirable: su nieto Roland era ministro, Anthony pronto sería obispo, Richard era teniente coronel del regimiento de la reina, James presidía los destinos de la Banca de Inglaterra,

y no había nada que su rival odiara más que a la policía y al ejército, si no era a la Iglesia y a los ricos.

«Para que aprendas», pensó, contemplando el pabellón.

La familia la aguardaba en la sala contigua, en torno al horrible pastel de cumpleaños, y era preciso seguir con el juego. Debían de ser treinta por lo menos allá dentro, preguntándose todos por qué se había ido tan bruscamente sin dar ninguna explicación y qué haría allí sola, en el salón verde de los papagayos. Pero ella no estaba nunca sola, naturalmente.

Así pues, se levantó para reunirse con sus nietos y bisnietos. No quería más que a uno, el benjamín, que tenía unos hermosos ojos oscuros y desvergonzados, unos rizos de reflejos leoninos y una fogosidad, una virilidad naciente, que a ella le encantaba: el parecido era verdaderamente extraordinario. La herencia, al parecer, se manifiesta así a menudo, saltando una o dos generaciones. Estaba segura de que él haría cosas terribles cuando fuera adulto; era del tipo extremista, se notaba enseguida. Quizá había dado a Inglaterra un futuro Hitler o un Lenin que lo iba a derribar todo. Tenía puestas todas sus esperanzas en él. Con semejantes ojos, no cabía duda de que daría que hablar. En cuanto a los demás chiquillos, cuyos nombres confundía siempre, olían a leche, y con eso estaba dicho todo. Su hijo no solía estar en Inglaterra: su teoría era que debía aprovecharse del mundo mientras siguiera siendo decadente.

Todos sus amigos habían muerto jóvenes. Gaston, su chef francés, había cometido la tontería de abandonarla a los sesenta y siete años. Ahora se moría cada vez más rápido. Pensó en la asombrosa cantidad de parientes a los que había sobrevivido. Perros, gatos y pájaros se contaban por centenares. Tristemente, la vida de un animal era muy breve; desde hacía mucho tiempo había renunciado a tener más, harta de verlos morir, y no conservaba junto a ella más que a Percy. Era demasiado horrible. Uno empieza a sentirse unido a un animal, a comprenderlo y amarlo, y entonces

desaparece. Le horrorizaban las separaciones, y ya no sentía apego más que por los objetos. Algunas de sus amistades más satisfactorias las había mantenido con cosas; al menos las cosas no te abandonan. Necesitaba compañía.

Abrió la puerta e hizo su entrada en el salón gris: todavía lo llamaban «gris», puesto que ese había sido su color original, pero hacía más de cuarenta años que lo había redecorado con artesonados blancos y dorados, entre los cuales se desplegaban en *trompe-l'oeil* los personajes etéreos de las comedias italianas, y sus ágiles piruetas luchaban victoriosamente contra la altiva frialdad y aspereza del salón.

El primero en recibirla con una leve mirada de reproche –hacía más de una hora que la esperaban– fue, naturalmente, Percy, su caballero sirviente, su chichisbeo, como decían en su época; a pesar de su extrema discreción, la devoción obsequiosa con que la rodeaba en todo momento acababa por resultarle un poco empalagosa. Sir Percy Rodiner, poeta laureado de la corte de Inglaterra desde hacía veinte años, es decir, poeta oficial de la Corona, último bardo del Imperio –ciento veinte odas oficiales, tres volúmenes de poemas de circunstancias: nacimientos reales, coronaciones, defunciones y victorias de todas clases–, se había mantenido valientemente junto con sir John Masefield en las primeras líneas del bel canto británico, desde la batalla de Jutlandia hasta El-Alamein, y había logrado algo en verdad repugnante: había reconciliado la poesía con la virtud, e incluso le habían elegido para el Boodle¹ sin que se alzara una sola voz en contra. En todo caso, había sobrevivido a todos sus demás animales domésticos; se había acostumbrado a él y le habría contrariado sinceramente que le faltara. Además, sólo tenía setenta años, pero aparentaba muchos más. Físicamente, recordaba un poco a Lloyd George,² con la misma melena blanca, la misma frente noble y las facciones igualmente finas, pero el parecido se detenía

ahí. El gallo amaba de verdad a las mujeres y sabía comportarse mal con ellas, mientras que lady L. estaba totalmente convencida de que el pobre Percy era virgen. En un par o tres de ocasiones ella había intentado hacerle perder el pudor con ayuda de unas cuantas mujeres galantes que conocía, todas encantadoras, pero Percy había huido a Suiza en todas las ocasiones.

–Mi querida Diane...

Era un nombre que le iba bien... Lo había elegido el propio Dicky después de haber estado dudando mucho tiempo entre Éléonore e Isabelle. Pero Éléonore tenía un tinte sombrío, quizá a causa de Edgar Poe, e Isabelle evocaba irresistiblemente la camisa sucia de la reina del mismo nombre. Finalmente había optado por Diane, porque le daba un tinte muy luminoso.

–Empezábamos a inquietarnos un poco.

A veces lady L. había llegado a preguntarse si Percy no se dedicaría a molestar a las niñas en los parques, si no sería un vicioso que escondía su juego admirablemente, si no sería un pederasta que se hacía sodomizar por su ayuda de cámara o azotar por una prostituta en algún rincón del Soho; pero estas ideas no eran más que una especie de romanticismo juvenil que había sobrevivido a las adversidades, y hacía mucho tiempo que sus esperanzas se habían desvanecido ante la evidencia de una integridad moral que revolvió el estómago y que emanaba de Percy como una especie de radiación funesta. Era verdaderamente un hombre honorable, y sólo Dios sabía cómo había podido meterse la poesía dentro de él. Además, era el único hombre que conocía que tenía la mirada de un buen perro, aun teniendo los ojos azules. A pesar de todo, lo quería mucho. Delante de él, podía abandonar la máscara de vieja dama y las convenciones de la edad para expresarse libremente, con toda la impertinencia y la frescura de los veinte años; el tiempo no hace que uno envejezca, sino que le impone sus disfraces. Lady L. se preguntaba a menudo qué iba a hacer

si un día se volvía realmente vieja. No tenía la sensación de que pudiera llegar a ocurrir, pero no se sabía nunca; la vida da muchas vueltas. Le quedaban aún unos cuantos años buenos; después, seguramente ocurriría algo, no sabía qué exactamente. La única solución, dado que la vejez acabaría llegando, sería la de retirarse a su maravilloso jardín de Bordighera y consolarse con las flores.

Aceptó una taza de té. Toda la familia se afanaba en servirla y resultaba espantoso. No había conseguido nunca hacerse a la idea de que ella era el origen de todo aquel rebaño: más de treinta cabezas. Al mirarlos, no podía decir siquiera: «Yo no quería esto». Al contrario, lo había querido a sabiendas, deliberadamente; era la obra de su vida. Sin embargo, era difícil comprender cómo tanta locura amorosa, tanta ternura y voluptuosidad, tanto extravío y tanta pasión podían haber desembocado en aquellos personajes incoloros y afectados. Verdaderamente resultaba increíble y bastante molesto, pues arrojaba una sombra de duda, de descrédito, sobre el amor. «Qué maravilloso sería poder contárselo todo –pensó ella, bebiéndose el té a pequeños sorbos, observándolos irónicamente–. Qué divertido sería ver sus rostros confiados perdiendo de pronto la compostura por el horror y el desconcierto. Bastarían unas pocas palabras para que ese universo suyo tan cómodo se desplomara súbitamente sobre sus cabezas de bien nacidos.» Era muy tentador. No era el miedo al escándalo lo que la reprimía. Se estremeció y se arrebujó en el chal indio. Le gustaba sentir la caricia ligera y cálida de la cachemira en el cuello. Le parecía que, después de una eternidad, su vida no era más que una sucesión de chales, de centenares y centenares de abrazos de lana y de seda. Las cachemiras, sobre todo, eran capaces de una gran dulzura.

Se dio cuenta de pronto de que Percy le estaba hablando. Lo tenía plantado allí delante, con su taza de té, rodeado de rostros que expresaban aprobación y una discreta diversión. Percy tenía un talento extraordinario para los tópi-